

# Parra In Situ

Hay gente que, poniéndole a uno la pistola al pecho, conmina: "En suma, ¿qué hubo con los sermones de Nicanor Parra? ¿Buenos? ¿Malos?".

Son los eternos temperamentos maniqueístas que pueblan el mundo de la cultura. No se satisfacen con descripciones; además piden normas axiológicas, tomas de posición, ideas estables. Planteadas las cosas así, no es ocioso volver al tema de las glosas del Cristo de Elqui practicadas por Nicanor Parra. Nadie que se precie de sensato en el fluido universo de la poesía cometerá la imprudencia (o mejor la *impudencia*) de medir resultados con una sola tabla de valores. La relatividad conceptual con que Parra maneja sus instrumentos poéticos (o antipoéticos, no importa) lo protege vigorosamente de los juicios comunes. ¿Bueno? ¿Malo? Para Parra lo bueno suele ser lo malo y viceversa. De modo que si Parra trabaja con un sentido de lo bueno que no es el corriente, flaco servicio se hará a las reglas del conocimiento considerando malo o detestable lo que el poeta estima óptimo.

¿Cuestión de gusto? A la postre, sí. Pero primero debe pasarse por la explicación del método. El método de Parra no arranca de Rubén Darío ni de otros sistemas afines. Ni siquiera el sentimiento que domina a Huidobro, al definirse como "antipoeta y mago", es la misma pasión que impregna la conducta poética de Parra. Cuando Huidobro demuele y reconstruye palabras a su arbitrio en "Altazor", lo hace dentro de esa seguridad liminar que otorga el juego; lo hace en la convicción previa de un retorno ineludible al "buen hábito". Sus devastaciones son incursiones desde una clara línea demarcatoria.

Parra, a la inversa, opera como el bárbaro que viene desde el fondo del "limes". Su frase "¿Jueguitos a mí?" lo retrata de cuerpo entero. Parra no está jugando a las depredaciones. Su idea de la literatura se funda en el principio de que el drama poético abraza toda la vida del hombre hasta en sus menores vísceras. No existen aquí privilegios o zonas sagradas.

O todo el hombre es poético o todo el hombre es antipoético.

La gran farsa de la poesía occidental ha consistido en parcelar o fragmentar, según determinadas conveniencias religiosas o éticas, los haberes e intereses del hombre. De ahí la exigencia de su continua mutilación.

Parra desciende de Lautréamont y de otros vedados poetas "negros". En Parra lo oficialmente malo se halla más cerca del paraíso que lo oficialmente bueno.

No echar, por ende, en saco roto sus "prédicas y sermones" desde los viejos zapatos del Cristo de Elqui.